Dr. Ignacio José
Escobar

UN CORAZON ESPAÑOL.

Un corazon Español.

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO, ESCRITA EN SEIS HORAS

POR

D. IGNACIO JOSÉ ESCOBAR.

GRANADA.

Imprenta de los Señores D. T. Astudillo y D. M. Garrido.
Mayo 1849.

713271

PERSONAJES.

D. Juan, veterano de la guerra de la independencia y ciego.

Luisa
Antonio } sus hijos.

Carlos, amante de Luisa.

Voz 1.ª, 2.ª y 3.ª

Un hombre del pueblo.

Una mujer del pueblo.

La escena es en Santafé

Esta comedia es propiedad de su autor, y serán denunciados ante la ley los ejemplares que no lleven rúbrica.

A LA SERENÍSIMA SEÑORA INFANTA

Doña María Luisa Fernanda.

Señora :

Contando con el inagotable tesoro de bondad que abriga el corazon de V. A. me atrevo á ofrecer á sus plantas este pobre producto de mi escaso ingenio. Humilde es, cuando yo le quisiera digno de vuestra grandeza; desnudo de mérito; cuando desearia que su fama cundiera por todo el orbe como muestra de los sentimientos en que los españoles abundamos: pero si una intencion pura y un corazon inflamado por el amor de su reina y de su patria bastan para disculpar mi atrevimiento, dígnese V. A. acoger benignamente este homenaje que la tributa el mas rendido de sus admiradores, deseando siempre que el cielo conceda á su augusta familia largos años de paz y de ventura.

A. L. R. P. D. V. A.

Ignacio José Escobar.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/uncoraznespaolco00esco

UN CORAZON ESPAÑOL.

El Teatro representa una sala sencillamente amueblada : puertas en el fondo y á la derecha del espectador : á la izquierda una ventana, una mesa con un sillon al lado á la derecha en primer término.

ESCENA PRIMERA.

LUISA

sale de puntillas por la puerta de la derecha, la cierra y acercándose á la ventana, hace señas con el pañuelo. En seguida con ademan de abatimiento va á sentarse junto á la mesa.

Ay ! ya está echada la suerte;
puesto que mi padre habló,
que á mi vez le anuncie yo
nuestra sentencia de muerte.

ESCENA SEGUNDA.

LUISA Y CARLOS.

CARLOS. Luisa!
LUISA. Carlos!
CARLOS. Bien querido!
cuánto he padecido, cuánto!
LUISA. Mayor será tu quebranto
cuando me hubieres oido.
CARLOS. Mayor? qué males augura
ese tono lastimero?
No me amas?
LUISA. Porque te quiero
se abre hoy mi sepultura.
CARLOS. Habla, que ya la razon
siento por Dios, que se agota:
no derrames gota á gota
veneno en mi corazon.
A qué son esos enojos,
cuando de júbilo enchido
yo esperaba, bien querido,
beber la vida en tus ojos?
Luisa morir! y me ama.....
morir..... cuando yo la adoro!!
loca, enjugate ese lloro,
que mas enciende mi llama.
LUISA. Ay Carlos! cuanto mas fuerte
es la pasion que me abrasa
mas es mi dolor sin tasa

porque es preciso perderte.

CARLOS. Qué dices? Y para eso
me llamas con tal afan?
Perderte yo! voto á san!...
me has de hacer que pierda el seso.
No soy rico? de mi amor
tienes acaso recelos?
son mas nobles tus abuelos
que los mios?

LUISA. Oh dolor!
El cielo en su alta clemencia
unió nuestros corazones,
mas las humanas pasiones
burlaron su omnipotencia.
Qué sirve que en tiernos lazos
nuestras almas vivan presas,
si hay quien tan dulces empresas
rompa en menudos pedazos?
Qué importa que de mi pecho
te jure constante fé,
si mi padre.....

CARLOS. Acaba..... qué?.....

LUISA. Mirando por el estrecho
prisma de profundo encono
dejando mi dicha á un lado,
ay! á escuchar se ha negado
cuanto le dije en tu abono.

CARLOS. Bien, y qué? *(con ansiedad.)*

LUISA. Que apoyo siendo
yo de sus dias ancianos
á sus preceptos tiranos
obedeceré muriendo.

CARLOS. Muy bien, Luisa, dobla así
el cuello á la atroz cuchilla:
qué importa mi fé sencilla?
qué lo que fuere de mi?
Debes, y es ley, sumision
al padre que te dió el ser:
y no es acaso deber
el deber del corazon?
Mas si alguno ha de morir
en esta lucha tremenda,
perezca yo en la contienda
y acabaré de sufrir.

LUISA. Calla, Carlos, que me mata
esa voz desgarradora.....

CARLOS. El cielo os guarde, señora.
(*Hace ademan de marcharse.*)

LUISA. Carlos, te vas?

CARLOS. Calla, ingrata!—
Mas no se podrá saber
qué motivo soberano
para negarme tu mano
tu padre pudo tener?

LUISA. —Dice.... bien mio, perdona
la rigidéz de su fallo,
dice.... que eres mal vasallo
y serviste á otra corona.
En las filas alistado
de un rebelde usurpador,
Carlos, te llamó traidor,
indigno de ser amado.
Y al fin, Carlos mio, dijo
los ojos faltos de vista

al cielo alzando, un carlista
nunca puede ser mi hijo.
—Yo que de eso de opiniones
nada entiendo, y solo sé
que une perdurable fé
á nuestros dos corazones,
insté, supliqué llorando,
mas ante su faz severa
calló mi voz lastimera
y me retiré temblando.

CARLOS. Fatal preocupacion!
fatales guerras civiles,
que infunden pasiones viles
al mas noble corazon!
Aunque el alma se alborota
contra tan dura fiereza
respetaré la entereza
de ese rígido patriota.
Mas, si de niño arrastrado,
entre rebeldes lidié,
luego, á Isabel no juré
fidelidad de soldado?
Y desde aquel fausto sol
que alumbró á Vergara un dia
quién me gana, Luisa mia,
á ser leal español?
Mas, ay de mí! la arrogancia
de tu padre, que en cien lides
vió á esta España de los Cides
lidiar con gloria con Francia,
no acalla sus convicciones
ante un amor santo y puro:

entre nosotros un muro
levantaron las pasiones.
Adios, respeto el mandato
que á la muerte me condena,
eterna será mi pena,
mas tu voluntad acato.

ESCENA TERCERA.

LUISA.

Carlos! Carlos! no me escucha!....
voy á perder la razon!
me abandona.... que traicion!
oh! que en tan horrible lucha
se rasga mi corazon!

Con Carlos crecer me ví,
á Carlos mi amor juré,
y hoy, Dios mio, solo sé,
que pues á Carlos perdí,
pronto la muerte hallaré!....

Y mi padre? el pobre anciano
que en mí su esperanza fia
habrá en su noche sombría
de quedar sin una mano
que sea su apoyo y guia?

Perezca mi amor constante,
hecho cenizas le quiero,
que aunque el alma se quebrante,
entre mi padre y mi amante
es mi padre lo primero.

ESCENA CUARTA.

LUISA.—D. JUAN.

D. JUAN *(desde dentro.)* Luisita!
LUISA. Papá!
D. JUAN. Dónde andas?
No sabes que si te alejas
es mas oscura la noche
eterna que me rodea?
Estando tú al lado, veo;
si, Luisa, cuando te acercas
vivo fulgor me parece
que en mis órbitas penetra.
Oh! sin contar que tambien
tú disipas mi tristeza,
que para mis pesadumbres
antídoto es tu presencia.
(Cogiéndola la cabeza.)
Pero qué tienes? lloraste?
Lloraste, blanca azucena?
Tanto amabas á ese hombre?
LUISA. Padre mio!
D. JUAN. Ten la lengua
y no otra vez me recuerdes
lo que yo olvidar quisiera.
Mi hija, luz de mis ojos,
á ese traidor concederla
para que del mismo modo,
que juega con sus creencias,

jugara con tu cariño
y desdichada te hiciera?
No, mi Luisa, no, hija mia,
haz caso de mi esperiencia,
pues no es posible por mas
que tu corazon se duela,
que quien traidor fué á sus reyes
leal á su dama sea.—
Qué patria es esta, por Dios,
que en mi ancianidad me resta?
Do quiera sangre, rüinas,
la devastacion do quiera,
escombros que se acumulan
y espadas que centellean.
Hermanos que contra hermanos
levantan la fuerte diestra,
que solo para estrangeros
debiera guardar su fuerza.
Oh ! no era así cuando mozo
fogosa hervia en mis venas
una sangre, que por Cristo
era generosa y buena.
«Todos unos», la divisa
de los españoles era ,
y así al guerrero soberbio,
cuya poderosa diestra
la Europa arrojó en pedazos
á sus legiones por presa,
nosotros hicimos polvo
en Bailen y Talavera.
Bien hizo, por Dios, la bala,
que en tan bizarras empresas

vino á arrancarme la vista
á los pies de mi bandera,
hizo bien : me avergonzára
de ver hoy tantas miserias.
Qué hicieron esos traidores—
Tu Carlos entre ellos cuenta —
que enarbolaron pendones
contra la augusta Isabela ?
Sembrar de horrores y luto
esta devastada tierra
y acabar por someterse
de su reina á la clemencia.
¿Qué logran esos villanos
que aun en las asperezas
de la fértil Cataluña
con tretas viles pelean?
No les ahoga la sangre
que hasta los rostros les llega?—
Y yo , yo que inmaculada
conservo mi fé completa
de Fernando el deseado
á la rèal heredera,
yo enlazaría tu mano
con ese hombre? te acuerda
que sin descanso luchando
de Cataluña en las breñas
tu hermano Antonio persigue
á la rebelde caterva,
y en tanto que él estermina
á esas carnívoras fieras
no puedo bajo mi techo
abrigo dar á una de ellas.

LUISA. Yo respeto, padre mio,
vuestra decision severa;
pero Carlos es acaso
tan culpable que merezca,
que echeis vos sobre sus hombros
de réprobo el anatema?
Vos lo sabeis, era un niño
cuando nuestra suerte adversa
le arrastró tras una causa
que él quizá ni comprendiera.
Mas con la razon cobró
de su deber la conciencia,
y quién mas leal que él?
quién de alma mas noble y bella?
Cielos!

(*Aparece Carlos en el umbral de la puerta con una carta en la mano.*)

D. JUAN. Niña, qué sucede?

ESCENA QUINTA.

Dichos y CARLOS.

CARLOS. Soy yo, D. Juan, y no hubiera
vuelto á pisar los umbrales
de casa en que me desprecian
si....

LUISA. Carlos aquí, Dios mio!

D. JUAN. Hablad y que pronto sea.

CARLOS. Si sofocando en mi pecho
tantas injustas ofensas,

no os viniera á devolver
por injurias norabuenas.

D. JUAN. Carlos, tu padre conmigo
defendió la independencia
de esta nacion generosa
contra la gloria francesa:
entonces mi amigo fué:
despues levantó bandera
contra la que al trono alzáran
derecho y naturaleza
y nada hay ya de comun
entre los Ruiz y Venegas.

CARLOS. Mi padre pudo engañarse,
mas era su fé sincera.

D. JUAN. No soy su juez: cada uno
responda con su conciencia,
mas leales y traidores
hacemos muy mala mezcla.

CARLOS. Me insultais !

D. JUAN. Y desde cuando
la verdad es una ofensa ?

CARLOS. Decis bien : entre nosotros
no hay ya posible avenencia ;
tengo un corazon que siente
y vos lo teneis de piedra.

LUISA. Oh Carlos ! callad , callad,
huid , pues la suerte adversa
desoyendo mis lamentos
separa nuestras estrellas.

CARLOS. Vóime , sí : D. Juan oid :
os dije al entrar que era
portador de dos noticias,

dos, á cual mas placenteras.
La una á voces la pregona
por las calles y plazuelas
el pueblo que alborozado
acude á la carretera
á saludar á la Infanta
que hácia Santafé se acerca.
La otra, tomad esta carta,
tomadla, que ella la encierra,
pues mas que vos generoso
el que trazára esas letras
á mi tambien se dirije
con fraternal indulgencia.

ESCENA SESTA.

Dichos, menos CARLOS.

D. JUAN. Qué escucho ! la Infanta aquí :
aquí de mi rey la hija!
Luisa, le escuchaste bien?
fue esto lo que dijo, Luisa?

LUISA. Si, papá , ya dias hace
que en la ciudad se cundia
con universal contento
la fama de esta visita.

D. JUAN. La Infanta! y yo no he de verla!
no he de admirar la divina
perfeccion de esas facciones
que encanto y bondad respiran?
Y este pobre veterano

no ha de abrazar sus rodillas,
ni regará con su llanto
mano tan esclarecida?
Ay! hasta hoy no he sabido
lo horrible de mi desdicha.
Secos mis ojos, ya muerta
la lumbre de mis pupilas,
vive Dios, que casi dudo,
si mi corazon palpita.

LUISA. Calmaos, ha tantos años
que esa dolencia os acuita.....

D. JUAN. Sí, mas en este rincon
no echaba menos mi vista:
en tí sola y en tu hermano
cifrando toda mi dicha,
á vosotros con el alma,
sino con ojos os vía;
mas hoy es un dia grande,
voto á brios y me horroriza
el pensar que no he de ver
á mi princesa querida.

LUISA. Papá, olvidais esa carta,
y ya sabeis, contenía
segun Carlos, otra nueva
que era para vos propicia.

D. JUAN. Toma, tú mi secretaria
eres, mi luz y mi guia:
léela tú, y así podré
á tí darte las albricias.

LUISA. (*Abriendo la carta.*)
Es de Antonio! de mi hermano!

D. JUAN. De Antonio? léela aprisa

que el corazon en el pecho
de júbilo salta y brinca:
Léela.

LUISA. «Mi querido padre, mi adorada hermana: he temido que mi aparicion repentina causara una conmocion demasiado fuerte. Completamente acabada la guerra, gracias á la bizarría de nuestro querido general, he conseguido una licencia, y estoy cerca de Uds., tan cerca que pocos instantes despues de recibida esta carta, me hallaré en sus brazos. Envío delante á mi asistente con la noticia para que sepan que quisiera tener alas para volar á su encuentro su cariñoso

Antonio.»

D. JUAN. Tambien mi hijo!
Antonio del alma mia!
Vamos, Luisa, vamos pronto:
cuántas dichas reunidas!
La Infanta! Antonio! mis ojos!
dadme un momento de vista,
eterno Dios y despues
tomaos toda mi vida.
Que abrace y vea á mi hijo;
que postrado de rodillas
contemplar pueda estasiado
la belleza peregrina
de la que es hoy con razon
astro real de Andalucía.

La noche! siempre la noche,
siempre oscuridad sombría,
con su lobreguez profunda,
con su sombra maldecida.
Oh! decid que me engañaron,
decid que todo es mentira:
que ni mi hijo está cerca,
ni viene aquí María Luisa:
decidlo, no veis que sufro?
no veis que en atroz porfía
padezco por que no llegan
y si vienen, me horrorizan
las tinieblas con que lucho?
mas no, que no desvaría
mi razon: sí, ya se acercan
y este placer me asesina.

(*Cae postrado en un sillon.*)

LUISA. Papá! socorro, socorro!
no, no, qué placer! respira.
Mas con tantas emociones
su cuerpo se debilita
y hele ahí absorto en sí mismo
ahogado por tantas dichas.

(*Se oye dentro tumulto y voces que gritan.*)

VOZ 1.ª Tenedle, se va á matar!
VOZ 2.ª Fuera, fuera, que el caballo
se desbocó.
VOZ 3.ª Sugetallo

trabajillo ha de costar.

VOZ 1.ª Tomad, si se puede el flanco.

VOZ 2.ª Infeliz!

VOZ 3.ª Atras! atras!

VOZ 1.ª Ya no le veremos mas,
va derecho hácia el barranco.

LUISA. *(Que ha estado escuchando con ansiedad.)*

Ese rumor que será?
Esa horrible gritería....
Dios mio! qué desventura
esas voces pronostican?

(Se acerca á la ventana y la abre.)

Aun no se distingue bien....
Es un ginete que pica
hácia aquí la espuela.... corre.....
Qué horror! la rienda perdida
ya del bruto no sujeta
la descompuesta corrida.
En vano con ambas manos
tiene las crines asidas....
Y es militar....

(Se oye mas cerca el ruido.

Oh! mi hermano!
mi hermano! Vírgen santísima!

(Cae desmayada sobre una silla que habrá al pie de la ventana.)

D. JUAN. (*Que ha oido las últimas palabras.*)

Tu hermano! sí! sí! tu hermano
que en breve aquí se aproxima;
no lo oyes? ya nos lo traen,
vamos á su encuentro, niña:
dónde estas?—
Me deja solo!
Sí, la escuché que decia
no sé qué de brida rota,
de caballo.... si sería.....
Oh! de lástima habrá alguno
que quiera darme noticias.

ESCENA SÈTIMA.

LUISA.

(*Volviendo en sí.*)

No fué ensueño lo que ví?
no fué espantosa vision,
que mi turbada razon
vino á evocar ante mí?
Él era, mi hermano, sí,
que por su fatal destino,
al acabar su camino
dispuso la infausta suerte
viniera á encontrar la muerte
cuando en pos de un placer vino.

Muerto! no, no puede ser!.....
mas no miré desbocado
su corcel precipitado
ir al barranco á caer?
Si fué sueño..... Ese correr.....
ese tumulto que escucho.....
Dios mio! dios mio! mucho
tu rigor me inspira miedo,
mas ya resistir no puedo
la impaciencia con que lucho.

ESCENA OCTAVA.

LUISA.—D. JUAN *y pueblo.*

Al avalanzarse Luisa, hácia la puerta, aparece D. Juan sostenido por dos hombres del pueblo.

LUISA. Él tambien! tambien mi padre!
Hay mas penas, Dios eterno!
D. JUAN. Quién llama á Dios! yo invoquele
y desatendió mi ruego.
Padre sin hijo, anciano desvalido,
inerte masa ya sin esperanza,
á ese cielo cruel solo le pido
complete con mi muerte su venganza.
Mientras el débil tronco quebrantado
las injurias del tiempo desafía,
el cedro altivo con mi amor criado
un instante tornó en ceniza fría.

Corred, volad, que toque con mis manos
esos queridos fúnebres despojos,
el cielo para mí siempre tirano
ni aun para llorar rasga mis ojos.

LUISA. Padre!

D. JUAN. Calla, ese nombre me atormenta;
Padre! ya no lo soy!

LUISA. Y vuestra hija?

D. JUAN. Huérfana como yo, si alguien te afrenta
no habrá quien fiel satisfaccion exija.
Morir no mas, morir, Luisa, nos toca;
mas antes de morir, mi Antonio quiero,
quiero besar su escolorida boca
y exhalaré el suspiro postrimero.

ESCENA NOVENA.

Dichos, CARLOS *y despues* ANTONIO.

(Voces y aplausos dentro.)

CARLOS. (*Desde el umbral, con un brazo vendado.*)

D. Juan, os vine á contar
dos placenteras noticias;
vos me dísteis en albricias
agravios que devorar.
Aquí prevenida tengo
la venganza que os juré:
á vuestro hijo salvé:
así es como yo me vengo.

ANTONIO. *(Precipitándose en los brazos de su padre y de su hermana.)*

Padre mio! Luisa! hermana!

D. JUAN. Es cierto lo que he escuchado!!
Vive aun, y he blasfemado
de la piedad soberana!
Habla, que escuche tu acento,
como ahora palpo tu mano,
no sea rumor liviano
que vuelva á llevarse el viento.

ANTONIO. No, padre, en alma y materia
me teneis á vuestro lado,
milagro ha sido colmado
porque la cosa iba seria.

D. JUAN. Cuenta..... cuenta....

ANTONIO. Roto el freno
de mi caballo maldito,
por poco me precipito
y doy el último trueno.
Oh! y lo diera de fijo
á no ser por un valiente
que se espuso heróicamente
por salvar á vuestro hijo.

D. JUAN. Dónde está? que sus pies quiero
regar con mi dulce llanto.

ANTONIO. Este es— Carlos. *(cogiéndole de la mano.)*

D. JUAN Cielo santo!
Oh! qué rubor! caballero...
cruelmente os hais vengado
jugando vuestra cabeza
para humillar la dureza

de este rústico soldado.
Mas no se dirá, por Cristo,
me venceis en generoso:
á proceder tan honroso
justo es pagar: no resisto.
Callen desde hoy las pasiones
que mi razon ofuscaron,
que siempre nobles obraron
los hispanos corazones.
Dasle un hijo al pobre ciego;
él pagará agradecido
lo que juzgaba perdido:
Cárlos, mi hija te entrego.

CARLOS. Oh ventura!

LUISA. Padre mio!

D. JUAN. Aquí, sobre el corazon
venid, que tanta emocion
ya de resistir no fio.

ANTONIO. Padre, obrásteis como bueno,
ahogando añejos rencores
que los instintos mejores
infestan con su veneno.
Todos nos equivocamos:
todos, padre, delinquimos
si todos culpables fuimos,
dirán que no perdonamos?
No, mientras hubo una lanza
en campo enemigo, listo!
cerrar con ella por Cristo
y no dar tregua á la danza.
Mas ya en España no resta
de terreno una pulgada,

que á nuestra reina adorada
á acatar no esté dispuesta.
Vencedores y vencidos
en esta tierra de España
sabrán olvidar su saña
y vivir todos unidos.
Y en tanto que otras naciones
sus fuerzas y sangre agotan,
en tanto que las azotan
espantosas conmociones,
demos el ejemplo grande,
acordes marchando todos
que en esta tierra.... de godos
no hay uno que se desmande.
Depuesta la saña fiera,
cunda ya por todas partes
que por la industria y las artes
se va á levantar bandera;
bandera de cuya gloria
el fulgor á todo alcanza,
bandera que abre esperanza
de mas inmortal memoria.
Oh! mi entusiasmo quizás
locura os va á parecer,
mas por qué no hemos de ser
españoles nada mas?

(*Se oye estruendo fuera; voces, vivas, repique de campana etc. etc.*)

D. JUAN. La princesa! en mi contento

esta otra dicha olvidaba.....
Corramos.

UNA VOZ. De entrar acaba
y diz que marcha al momento.

D. JUAN. Corramos: oiga yo al menos
de cerca esa gritería,
indicio de la alegría
que anima á todos los buenos.
Y en mi penoso quebranto,
ya que á la infanta no vea,
lícito al menos me sea
besar la orla de su manto.

ESCENA DÈCIMA.

MUTACION. *Aparece una gran plaza cuajada de gente de todas las clases: las mujeres saludan con los pañuelos y los hombres con los sombreros.*

A la izquierda hay un arco de ramaje por donde se supone que acaban de pasar los infantes.

En el frente en la fachada de una casa una decoracion con trasparentes y alegorias.

Se perciben los últimos compases de una música militar.

UNA VOZ Que viva la salerosa,
la princesa de las bellas!

OTRA. Sus ojos son dos estrellas.

OTRA. Pues su boca es una rosa.

UN MAJO. Caballeros, de verdá....
dende que han visto á esa musa

se han quedao patilifusa
toas las mosas de acá.
Juy, qué garbo! qué donaire!
qué grasia tan española!
Señores, que no es mamola
que aun estoy sintiendo el aire.
Bendita la madre sea
que tales jembras crió
y afortunado el señó
que con su amor se recrea.

UNA MAJA. El señó! me hizo tilin!
que de güeno tiene cara:
y Jesu! yo le abrazára
que es mi prínsipe á la fin.

UN MAJO. Chiquiya, ver y cayar
es aquí lo que nos toca.

UNA MAJA. Pues ya se vé!

UN MAJO. Punto en boca
que otra vez van á bailar.

(*Baile.*)

VOCES LEJOS. Vivan los infantes!

(*Se oye de nuevo la marcha.*)

Salen D. Juan, Antonio, Carlos, Luisa y acompañamiento.

D. JUAN. Sí,
enronqueced las gargantas,
voto á brios, que no hay infantas
todos los dias aquí.
Sin término el alborozo
nuestro corazon inunde

que ya por mis venas cunde
todo el aliento de mozo.
Y pues que tan fausto sol
hoy á iluminarnos sale
que conozca lo que vale
un corazon español.

(CAE EL TELON.)